



Manuel Longares

Cortesanos



MANUEL LONGARES

Cortesanos

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2026

© Manuel Longares, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal:
ISBN: 979-13-88019-04-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Joan Tarrida

En los siglos dorados del Imperio hispano, la corte madrileña de los Austrias desarrolla una voz propia y no simulada, que reza por la prosperidad de la monarquía en capillas y conventos de la capital del reino y alborota en los soportales de su Plaza Mayor los días de pompa y espectáculo, cuando los monarcas absolutos presiden, desde la privilegiada perspectiva de un balcón, el auto de fe contra el hereje y la lidia del jinete con el toro.

Comentan los mentideros estas actividades de sus reyes y otras más disimuladas o clandestinas, como su participación en el crimen del conde de Villamediana. Aseguran los rumores que *el matador fue Bellido / y el impulso soberano*. Y, al calor de esa evidencia, una parte de la corte, que no acaba de adaptarse al engranaje palaciego, se desentiende de intrigas y escapa hacia las corralas de los denominados barrios bajos, tan sobrados de énfasis como rácanos de agua.

En el patio comunitario de estos alquileres —que en la festividad del quince de agosto engalanan con cadenetas y mantones de Manila el cuadro de la virgen de la Paloma hallado por una beata en un basurero—, esa voz de la corte impregna los donaires y desplantes de los vecinos. Coqueteando con el abanico y el antifaz carnavalesco se muestra risueña, destemplada o maliciosa, como más guste a Dios y a usía. Ante plebeyos de armas tomar, representa comedias y encaja tonadillas en melodramas y farsas con la solidez de la almendra en la tarta de bodas. Y cuando la brisa de la madrugada abrasa el rincón sin luna de su dormitorio, en un arrebató del que no reniega jura fidelidad al chulapo que la engañará mil veces.

Con la llegada de los Borbones al trono, se renuevan los comercios en la Plaza Mayor de los Austrias. Son establecimientos a pie de calle, en los que no importa tanto lo que se promete en su fachada —confecciones, bordados, paños— como el carácter literario o masónico de las veladas de su rebotica, refugio del perseguido político durante una centuria de contiendas civiles y asonadas militares y donde una noche de verbena también demanda asilo la que, hostigada por el galanteador de turno y sin el cuajo de una respondona de arrabal que

tenga a raya los devaneos masculinos sobre sus hechuras, acelera el vuelo de su falda para hurtarse del que la sofoca con palabra y tacto insolentes.

En una fonda de bandoleros y tiranas capaces de asustar al miedo, un extranjero ilustrado que viaja por la península buscando romanticismo cañí traslada al pentagrama este sello de la corte, tan burlón y peripuesto que suele pasarse de listo. Otros compositores le imitan con la ambición de conquistar un título de nobleza rentable. Para su desencanto, los territorios de ultramar se independizan de la metrópoli en menos de lo que se persigna un cura loco y en el trasiego de escribanías y bufetes la partitura se desmiembra por litigios de las camarillas. Mas cuando archiveros y bibliotecarios la consideraban perdida, una ventolera de las alturas la expulsa del cielo velazqueño dentro de un sobre sin destinatario ni remitente que revolotea indeciso y amaga con aterrizar en falso antes de posarse porque sí —¡tatachán!— en la chepa de un mochilero de las Indias.

—Chúpate esa —se chotea el susodicho al chocar el papelucho en su chasis. Y planchándose el chaleco con la derecha, achanta a los chun-

gonas con una chanza—: Ni me chisten ni rechisten, que desde que deseché el chupete, este chache es chinche y más chulo que un ocho para echarse chantajes a pechos.

Chorrada de chisgarabís, chovinismos de chamán. Cháchara sobre supercherías, chiripa chachi y chipén. Chiribitas de champán, empachos de pachulí, chucherías chapuceras, chupitos, pinchos de pochas, chuletillas de lechal y chocolate con churros para la chusma achispada en la pachanga del pichi.

Al chispún de la charanga, un sochantre chamulla chirigotas: «Chaparrones y churrascos, / chubascos y salchichones, / chorizos para el chusquero / y al charnego chipirones». En el chamizo manchego del charcutero chévere, los chalanes fachendosos chismorrean chascarrillos a chamacos y chavalas: «A chirona el charlatán, / el chinorris chasca chicle, / al chivato ducha y chirlo / y chollos para el chambelán».

Chicolea el bachiller, chochea la chispera chata, enchufan al chorlito en la chancillería, un chusco se cachondea de las chaladuras de un chiflado y el machote machaca con el machete al chucho que chapotea en la charca.

—¡A machamartillo!

Rechina la chicharra en el chaflán del chiscón, chirría la pachorra del chatarrero ca-

chazas y el chamarilero achara a la chacha sin sospechar que el espadachín acecha tras el acebuche.

—¡Córcholis con el cachupín!

Chisporrotea la chaveta del muchacho cheposo cuando chilla: «chitón». Y para no conchabarse en un chanchullo que le huele a chamusquina, rechaza de un chutazo con la chancla el despacho enganchado a su mochila y achucha a la muchedumbre con el dicho chocarrero: «¡Basta de cháncharras máncarras!».

Y el parlanchín se queda tan ancho.

Esta chispa del recochineo salta al piano de Federico Chueca en el café El Vapor y con ella en los labios suben a dar el cante a un escenario de zarzuela los Hijos del Pueblo de Madrid: menegildas, hilariones, *ratas*, planchadoras, arrastrás y caballeros de gracia —espejos remodelados del petimetre capitalino— platican, confrontan o se pronuncian con indomable retranca en unas calles sublevadas por las reformas de la municipalidad. Las peripecias de estos personajes, comprimidas en un acto, hacen grande el género teatral que llaman chico; pero el dictamen de los ridículos desaconseja exponerlo en el Real de la Ópera —*¡dita sea lá!*— por su bajo pedigrí.

A falta de plataformas más vistosas para esta descarada, los chistosos de la cuarta de Apolo la cortejan en los cafés de camareras, el organillo callejero y la pianola doméstica la difunden en el chotis que cincelan suripantas y golfantes, los revisteros de *La Lidia* y *El Tío Jindama* jalean su tronío, el planeta de los toros la atufa de olés y el perro Paco la recomienda a tenorios y carabinas de su tertulia de Fornos para colofón sicalíptico de las meriendas del Ritz.

Con su sabor se empalaga la crema de la intelectualidad: Gómez de la Serna la colma de greguerías en la gruta de Pombo, Valle-Inclán la ondula y cimbrea en La Granja del Henar, la condesa gallega y su ratoncito novelista sopesan inscribirla en los episodios nacionales, la masculla Baroja en el arrabal de las Injurias, la paladea Azorín en los escaños del Congreso, en la Europa protestante fascina al superhombre de Nietzsche y antes de que una amplia nómina de plumillas de lágrima fácil y sal por arrobas se rinda a su tejemaneje, trastorna el cráneo privilegiado de nuestro filósofo Ortega, que, mientras escribe en su despacho sobre la caza con perros, advierte a su circunstancia de enterados que percibe ladridos *de podenco, alano, sabueso o lebre*.

Es para la estirpe costumbrista la voz castiza por antonomasia que, ensimismada en su ombligo, canta las penas y alegrías de sus gentes a las puertas de palacio, tras las rejas del Saladero o de camino a la horca de la plaza de la Cebada. Envuelta en la banderita sangre y oro, guía a las figuras de la tauromaquia al cornalón de los ruedos y llora con la Bejarana por los reclutas inmolados en las guerras coloniales. Por ella suspira el pasodoble de España, con ella desfilan ejércitos y procesiones y a ella confían su apoteosis en la pasarela las revistas ligeras de cascos después de que Jerónimo Jiménez y Francisco Alonso la vistan de largo en las academias de idiomas y talentos para que nutra el repertorio de las bandas modestas.

A mediodía de los domingos de primavera y verano comparece en concierto y el aficionado que acude a la cita salvando el barrizal de Eslava, el vértigo del Viaducto o los corrillos de la Puerta del Sol, coincide en las anchuras de Alcalá con los que salen del Casino y el Círculo con el mismo propósito —algunos condecorados en la solapa por las vendedoras de nardos de las Calatravas— y se encaminan a Cibeles por la acera del Banco de España al compás de la marcha que ensaya la tropa en el Palacio de Buenavista. Allí bordean la carroza

de la diosa, plantada como un pasmarote en el centro de la circulación. En el lateral de Correos beben del surtidor milagroso *que vence toda enfermedad*. Y, tras remontar el repecho que les conduce a los arcos de Carlos III –reconocidos también como Puerta de Alcalá–, acceden al jardín del Buen Retiro por la zona del estanque. Porque ahí, entre la fuente de los Galápagos y la Casa de Vacas, en un quiosco forrado de toldos contra la solanera, tiene su tribuna la filarmónica del municipio.

En el espacio reservado al recital, los madrugadores disfrutan del entrenamiento de los virtuosos con sus instrumentos de resonancia. Poco a poco los adictos estrechan el cerco sobre los intérpretes. A la hora prevista, el director de la orquesta sube al podio –y la expectación se propaga de uno a otro extremo del parque entre pequeños y mayores, guardas, gorriones y patos–. Pero antes de iniciar el programa, evoca a los que abandonaron para siempre la Sinfónica dejando a los oboes, clarinetes y flautas allí presentes la encomienda de transmitir a hijos y nietos la herencia sonora de sus antepasados.

Acalla el bisbiseo del pésame la melodía pimpante. A su ritmo, los cortesanos avanzan y retroceden por la pista de la vida y con los giros que marca el reglamento completan

el paseílo por este valle de lágrimas. Caden-
cia, duende, señorío, vivacidad, prestancia
y garbo, ¡esa voz de la música de viento es la
sirena que hincha las velas del templete del
Retiro en su navegación ilusionada por la His-
toria!